



## Los comentaristas terminan enzarzándose en una pelea que nada tiene que ver con el tema propuesto y los comentarios cobran vida por sí mismos... lo que se dijo es mencionado como si hubiera sido parte original de tu *post*

ha cambiando como escribimos y leemos en la red. Ya venía funcionando en la radio, donde ha sido posible gracias, en parte, a la ubicuidad de los teléfonos celulares. Está prohibido usarlos cuando se conduce, pero todos los radioescuchas que llaman a las emisoras confiesan sin miedo estar hablando desde detrás del volante de su coche. No hay, lógicamente, fuerza policial capaz de seguirlos y multarlos. Además, todo el mundo tiene algo que opinar, que comentar.

### ¿Adiós a las cartas?

Al comentario como fenómeno cultural más amplio he dedicado en *Rex*, mi más reciente novela, un análisis hecho de comentarios a la obra de Marcel Proust y otros escritores. Me parece un fenómeno fascinante, un dispositivo único. Escribir comentarios nos hace parte del proceso cultural de una manera rica, activa. No se trata ya del proceso lento y reflexivo de una "Carta al editor", sino de algo rápido, inmediato, fascinante.

Muchos lo acusan de ser la institucionalización del cotilleo, de prestarse a todo tipo de abusos. Una especie de pared de lavabo público donde escribir todo tipo de ofensas, en particular aquellas que no se atreven a soltar a la cara del articulista. Pero quizá lo más

importante, lo que de verdad cuenta, es la posibilidad de estar uno mismo haciendo periodismo, una variante de lo que en Estados Unidos se ha dado en llamar *I-Reporter*: envíe sus propios artículos, envíe sus propias fotos, envíe sus videos, envíe más que nada y lo más importante, sus comentarios.

El caso, por último, del autor que taimadamente escribía comentarios a sus propios *post* en una revista muy conocida, y explotó la mentira. En los Estados Unidos, tan celosos y fervientes creyentes en la verdad. Creo que el hombre actuó simplemente por impotencia, se negaba a ver cómo sus *post* no generaban comentarios.

Bromas y excesos aparte, el comentario, la retroalimentación de los lectores, ha introducido una nueva dinámica imposible de imaginar años atrás e impensable con las publicaciones en papel. Como ya he dicho, son una superación con creces –por la inmediatez, por el volumen, por su suerte de existencia autónoma– de las "Cartas al director". Llegan una infinidad, como en la nota mencionada arriba, y pueden ser tan extensos que llegan a convertirse en artículos por sí mismos, a veces no menos sino más interesantes que el texto mismo comentado, adquieren vida propia.

### Leer y escribir

Más de un autor amigo se ha quejado por esto, tiemblan al pensar en los comentarios que generaran sus textos. Y se niegan a exponerse a las "toneladas de basura que anda suelta por la red". Como remedio ha surgido la "moderación de los comentarios". Publicaciones en las que los comentarios no aparecen de inmediato, sino que entran en una suerte de zona *buffer*, donde son examinados según los criterios enunciados: "nada de ataques personales", sólo "usuarios identificados", etcétera.

De modo que no sólo han resultado falsos los temores de que las personas leerían cada vez menos, sino que para peor, están escribiendo más cada vez. Es la hora estelar de los grafómanos, de los que siempre han querido escribir, dejar un último comentario.

Este mismo suelto que no será completo, no lo sentiré terminado hasta que no le hayan crecido, en el envés, en la espalda, sus comentarios. ¿Quién se anima? •

### JOSÉ MANUEL PRIETO

La Habana, Cuba, 1962. Es autor de *Livadía y Enciclopedia de una vida en Rusia*. Anagrama publicó su novela más reciente, *Rex*.